

LAS BOMBAS DE JABON.



Un niño de escuela, después de haber cogido en el campo un tallito ó canutillo de paja, había metido este tubo en un poco de agua mezclada con jabón; y aspirando y después soplando el líquido, formaba globillos que se levantaban á una altura muchas veces considerable, y caminaban flotantes á merced de la brisa que los balanceaba.

Uno que pasaba miró el juego del niño; en seguida se detuvo, pareció que meditaba y de pronto pudo advertirse que su rostro se animaba con una especie de contento y de orgullo.

Este transeunte era el sabio Montgolfier, célebre ya por sus conocimientos en química, y que había adquirido gran

renombre por los progresos que había hecho hacer en la fabricación del papel.

Este hecho se verificaba habrá sesenta años, y algunos mas.

Montgolfier comprendió instantáneamente la teoría de la ascension de las bolas de jabón. Son mas ligeras que el aire, decía, se elevan por encima de él. Luego si otro cuerpo pudiese tener la ligereza del globo, que forma el canutillo de ese niño... volaría, se elevaria... realizaria la fábula de aquellos genios aéreos, á los cuales la imaginación de los poetas ha dado alas.

Una bola de inmensa estension, llevaria al hombre á la

AÑO XIX. 34.

region de las águilas, y el habitante de la tierra, admirado de su propia conquista, viajaría por encima del globo, su morada habitual.

Desde este momento se cuenta el descubrimiento de los globos, llamados por otro nombre aereostáticos.

Después de Montgolfier, y otros aereonautas, ó viajeros por el aire, se han intentado escursiones por encima de las llanuras y de las ciudades. Muchos han sido víctimas de su afición á la ciencia, y mas de un naufragio ha señalado el riesgo de semejantes tentativas.

El poeta Lebrun ha descrito en los siguientes versos el interés que ofrece el descubrimiento de Montgolfier.

¡Oh maravilla! ¡poderoso viento
Conduce al hombre á la celeste esfera!
Y admira el Sena el curso presuroso
Del rápido navío que cortando
Vá los aires, alfégero volando.

El grande obstáculo de la navegacion aérea, es la corriente del viento, contra el cual no tiene el piloto poder. Mas la ciencia es perseverante, no renunciará al pensamiento de dirigir los aereostáticos, y quizás llegará día en que tengamos una série de globos, en concurrencia con los barcos de vapor del Océano y los caminos de hierro del continente.

Apenas los aereostáticos eran conocidos cuando se inventó el paracaídas, instrumento ingenioso que disminuye mucho los peligros de los viajes por los aires.

El paracaídas es una especie de paraguas boca arriba bajo el cual se precipita el aire, y que es ligero de modo que llega á tierra balanceándose y suelta en ella los navegantes que abordan así en su barquilla, mientras que el globo de que se han separado cortando la cuerda, vuela á merced de los vientos y se pierde algunas veces en el espacio á donde la vista no podía seguirlo.

Se han inventado para diversion de los niños, globitos de tripa de buey, á los cuales se han dado diferentes formas de animales, como serpientes, elefantes, peces, y así se tiene una caravana de viajeros aéreos. Si no se quiere exponerse á perderlos, se les ata con un hilo bastante fuerte, cuya direccion se mantiene en la mano, y cuando el globo ha subido á la altura que se quiere, por medio del hilo se tira de ellos y se recogen. Si se quiere por el contrario que se eleven, es necesario cortar el hilo, y después de algunos minutos ya la vista no descubre el aereostático.

En el grabado que presentamos á nuestros lectores se ven una porcion de niños que abandonan sus juegos ordinarios por coger ligeras y brillantes bombitas de jabon. En su apresuramiento derriban y pisan sus juguetes. Cuando vuelvan á buscarlos tal vez estarán hechos pedazos.

Así somos los hombres, abandonamos los bienes positivos que podemos tener por las brillantes promesas de honores, ó de fortuna. Temamos cuando sintamos la vanidad no encontrar cuando queramos volver á ella las amistades que hemos desconocido, ó las afecciones de familia que hemos despreciado. Pensemos en que las bombas de jabon no son mas que apariencia, y gocemos de la realidad que es la que nos rodea.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA VARA DE MEDIR.

(Conclusion.)

IV.

Eran las dos de la mañana, y el salon de la casa del Ayuntamiento de Amberes se hallaba resplandeciente de luces, y lleno de todos los principales habitantes de la ciudad, allí confundidos y alegres todos en el baile que daban los regidores de la ciudad para celebrar los recientes triunfos conseguidos en Flandes por las armas del cardenal infante, gobernador de aquellos países en nombre de Felipe IV. Mientras unos bailaban alegremente y gozaban de la amable libertad que da el disfraz y la careta, y otros ocupaban las mesas de juego, y mas positivos se dirigian á saciar su apetito en los espléndidos aparadores cubiertos de succulentos y deliciosos manjares, algunos se paseaban aburridos buscando á quien dar un rato de conversacion, se vió entre estos últimos dos personas de diferente gerarquía, y diversa apostura y rostro.

En el uno se veía desde luego un hombre comun, de atléticas formas, tostado rostro y que revelaba ser uno de esos aventureros que en aquella época tan pronto estaban al servicio de un soberano como de una república, segun era la paga y la conveniencia de las circunstancias. Este era el desconocido que hemos visto antes en la tienda de maese Pedro Wanen, y que tan poderosa influencia ejercia en las personas de aquella familia sin conocerla.

Era el otro, un hombre alto, de noble continente y elegantes modales, que en su semblante revelaba lo aristocrático de su clase, y que sin disfraz alguno se presentaba en el baile como un curioso viajero que estudia las costumbres del país, conociéndose en sus vestidos que era italiano.

El desconocido, que habia ido al baile como hemos visto solo por tener ocasion de hablar libremente con Carlos, comenzaba á impacientarse ya al no verle llegar, y daba al diablo su tardanza que iba á dejarle sin aclarar las dudas que tanto le importaban aclarar, cuando reparó en el noble forastero que se paseaba por los salones mirando á todas partes y con el aburrimiento del que no conoce á nadie en una grande reunion, busca alguno que no encuentra, y no tiene ni á quien dirigir la palabra.

—No me engaño, dijo para sí con cierta sorpresa el desconocido. Es el conde de Ovelisel! No está tan cambiado que no pueda reconocerlo.

Casi al mismo tiempo el conde de Ovelisel, pues que efectivamente este era el elegante caballero que paseaba solo y aburrido por el salon, al descubrir al desconocido, le pareció que no era nuevo para él el rostro de aquel hombre, y aunque trató de evocar sus recuerdos no los encontró al pronto, por lo que aprovechando la ocasion y la libertad, que dan estas funciones populares, en que se halla mezclada y revuelta la sociedad, y en que un duque, puede sin menoscabo de su aristocrática vanidad conversar familiarmente con el menestral que á la mañana siguiente irá á trabajar para él respetuosamente, se propuso hacerte hablar, y así haciéndose el encontradizo con el desconocido, preocupado por su parte tambien por lo que allí iria á hacer el conde, le dijo:

—Acabo de oír en ese salón unos excelentes cantantes italianos, que han ejecutado maravillosamente una barca-rola veneciana. ¿Conoceis ese país?

—Perfectamente.... contestó el desconocido; como que he habitado en él.

—Y yo también, dijo el conde. ¿Hace mucho tiempo que habeis salido de allí?

—Hará cosa de unos diez años.

—¿Sería indiscreto preguntaros donde habeis ido después?

—A todas partes.

—¿Sois mercader? preguntó con deseo de investigar el conde.

Hizo el desconocido un marcado movimiento de repugnancia, y con cómica altivez contestó:

—¡Yo mercader! ¡Soy un aventurero, señor mío!

—No he tratado de ofenderos, dijo el conde procurando calmarlo; os he hecho esas preguntas por hablar de algo.

—Me honrais mucho en ello.

—Me parece que he tenido el placer de encontraros en otra parte, dijo como tanteando el vado el conde.

—Habiendo recorrido, contestó con indiferencia el desconocido todo el mundo, puedo decir como aquel apreciable griego de cuyo nombre no me acuerdo, soy hombre, y nada humano es extraño para mí.... ¿Y de qué país es vuestra señoría?

—Soy napolitano.

—Conozco perfectamente á Nápoles: bello país, de hermosos jardines y deliciosas mugeres... Nápoles, lindísima ciudad, donde á fé mia, hay señores muy ricos, y pillos muy listos....

—¿Habeis servido allí á alguno? dijo algo turbado el conde.

—Sí, á un señor muy encopetado; al caballero Albani, que después se ha convertido en el conde de Obelisel.

Palideció en aquel momento el conde, y el desconocido como si no se apercibiese de su turbación, continuó con aire resuelto y desembarazado:

—¡Un buen amo! Trabajo no faltaba, es verdad, pero pagaba bien. No tengo por qué quejarme.

—¿Vuestro nombre? le preguntó procurando ocultar su ansiedad el conde.

—¿El vuestro? le preguntó por toda respuesta el desconocido.

Disimuló su insolente pregunta el conde, y le dijo:

—¿En qué época estabais al servicio del conde?

—Entré cuando vine á Italia desde España con los tercios del duque de Arcos, virey de Nápoles, hará unos doce años, y salí de allí por un asunto muy delicado, del que salí, puedo jactarme de ello, airoosamente.

—¿Y puede saberse esa historia? preguntó con cierta timidez el conde.

—¡Ya lo creo! contestó con cierta volubilidad el desconocido. Es una historia bastante lúgubre, pero muy sencilla. Había aquí en Flandes un niño que incomodaba á mi noble y poderoso amo, y un hombre, un tal Martín Muñoz, encargado de guardar á aquel niño. Mi amo nos mandó á mí, y á otros tres bravos ó espadachines, que matasen al hombre y robasen al niño... Y bien ¿os poneis malo? dijo reparando en la mortal palidez que cubría el rostro del conde; venid y nos sentaremos al fresco de una ventana, y después de haberle hecho sentar casi á la fuerza, pues el conde le obede-

cía maquinalmente, continuó: Se hizo el negocio como lo había mandado el amo... Nos lo había pagado tan bien que trabajamos con conciencia. El hombre quedó atravesado de una docena de estocadas, que cualquiera de ellas hubiese bastado para matar á un toro, y al niño se le metió en un buque que se hizo á la vela para Indias. ¿Estais mejor? ¿os vais reponiendo ya? añadió con malicia el aventurero.

—¿Y sabiais el nombre de aquel niño? preguntó con pres-teza el conde.

—No, á fé mia, ni me importaba un bledo el conocerlo...

Martín Muñoz, pues no era otro el desconocido, acabó de cerciorarse en la palidez que cubría las facciones del conde, en lo trémulo de su voz, en toda su turbación, que decididamente á él le era deudor de aquellas doce estocadas que años antes le habían dado, que él atribuía al conde, pero de que acababa de adquirir certidumbre después de haberle hablado, sintió hervir de ira su sangre, y ardió su corazón en deseos de venganza, y como nada hay que conserve la amistad como la cuenta y razón, se propuso ajustar sus cuentas con el conde, y para ello disimular y esperar la ocasión oportuna.

El conde se levantó del sitio donde poco menos que á la fuerza, le había hecho sentarse Martín Muñoz, diciéndole en son de amenaza:

—¿Sabeis que sois un imprudente en hablar así de semejantes cosas?

—Tengo cuidado, respondió Martín con marcada seguridad, de no hablar de ellas sino delante de gentes cuya indiscreción no tenga que temer.

—¿Quién os responde de la mia? dijo el conde.

—Vuestra fisonomía.

—¿Pues cómo? preguntó con duda el conde.

—Si vuestros oídos os han dicho, respondió Martín, que yo soy el que he dado el golpe, mis ojos me dicen que vos fuisteis el que lo dispuso y ordenó.

—¿Luego me reconocéis? dijo aterrado el conde.

—Sí, caballero Albani, ¡hoy conde de Obelisel!

—¿Continuarás, le dijo bajando aun más la voz, y mirando receloso á todas partes, continuarás callando como hasta ahora?

—Como hasta ahora, respondió con intención Martín. Mi interés responde á vuestra señoría de mi indiscreción.

—Bien, muy bien, no lo perderás, dijo el conde más tranquilo y con aire de protección. ¿Podrías darme noticias de cierta persona?

—¿De cierta persona?

—Sí, de la condesa, contestó el conde.

—Cuantas quiera vuestra señoría, contestó pronto y con sequedad Martín.

—Conque sabes...

—Todo cuanto hay que saber.

—¿Dónde podré yo ver á la condesa?

—En dos sitios, contestó Martín.

—¿Cuáles?

—A elección de vuestra señoría, ó en la posada del Aguila de Oro donde mora.... y donde yo la he acompañado ayer mañana....

—¡Ayer mañana! exclamó asombrado el conde.

—O en este baile.... continuó diciendo Martín, á donde debe de haber venido disfrazada con un dominó negro con cintas azules.

—Conque va á venir aquí. ... dijo el conde.

—A menos que no haya venido ya; respondió con mucha sorna el aventurero Martin Muñoz, que viendo en aquel momento en el salón á Carlos, por quien había venido al baile, se dirigió á su encuentro, pero el conde le siguió. Dió la mano con la mayor cordialidad al sobrino de maese Pedro, y cuando el conde lleno de curiosidad le preguntó quién era aquel jóven buen mozo por quien mostraba tanto afecto, le contestó que el mancebo de una tienda de un amigo suyo, porque en aquel baile iba á haber de toda clase de gentes y condiciones. El conde se propuso ver si encontraba en el baile á la condesa, á quien había venido á espiar en Amberes, y á la que en vano venía siguiendo hacia tiempo de ciudad en ciudad sin llegar á encontrarla, y que merced á la conversacion que acababa de tener con el que creía su antiguo cómplice, esperaba hallarla, pues sabía el disfráz con que debía encontrarse en aquel baile. Así es que se separó de Martin para ir á buscar á su muger, dejándole con Carlos, que era el objeto, el fin principal que le había llevado á la casa de la ciudad de Amberes, y en que esperaba aclarar las terribles dudas que pesaban sobre uno de los sucesos mas interesantes y misteriosos de su aventurera vida.

Al separarse de ellos el conde, el mismo movimiento de curiosidad que impulsó á este á preguntar quién era Carlos, movió á Carlos á preguntar á su desconocido amigo quién era aquel elegante forastero, con quien parecía tener íntima familiaridad.

—Un hombre, le contestó Martin, que os haría todo el daño que pudiese, si supiera quién sois verdaderamente.

—¿Cómo que quién soy verdaderamente?.... exclamó asombrado Carlos: ¿acaso no soy lo que parezco?.... lo que creo ser?

—¿El sobrino de maese Pedro Wanen, no es verdad? dijo Martin. ¿Un jóven recién salido de la universidad de Lovayna?

—Seguramente.

—¿No recordais más pais que el de Flandes? le dijo fijando en él sus ojos con marcado interés; ¿ninguna imagen, ningún recuerdo ha venido nunca á cruzar por vuestra mente, á agitar vuestra alma?

—¿Por qué me haceis esas preguntas? le dijo Carlos al desconocido cada vez mas asombrado.

—¿No os parece, prosiguió sin hacer caso de su pregunta, haber visto en otro tiempo otros canales diversos de los canales de aquí llenos de fango? ¿Otro horizonte mas bello y azulado que este cielo ceniciento y pálido? ¿Jamás os habeis sentido como sofocado en esta pesada atmósfera?

—¿Qué me quereis?.... decia Carlos como despertando en su imaginación recuerdos de su niñez.

—¿Grandes palacios de mármol, proseguia diciendo Martin, animándose cada vez mas, palacios delante de los que se deslizaban góndolas ligeras como la brisa, voces armoniosas como el cantar de las aves, un sol brillando en un azulado cielo?.... Jóven ¿bajo el nebuloso velo de lo presente, no entreveis la imagen de radiante pasado?

Hallábase Carlos fascinado al oír la voz de aquel hombre, cuyo acento le dominaba, y al que no conocía sino desde la noche antes, cuando acudió valiente á colocarse á su lado para librarle de los aleves golpes de los que él había castigado por su violenta conducta con la condesa de

Ovelisel. Oía la voz de aquel hombre, y no sabía qué misterioso poder la había hecho penetrar en el caos de sus pensamientos, y á su pesar sentía en su alma desconocidos movimientos que se parecían á unos vagos recuerdos. Mil tumultuosas ideas trastornaban su imaginación, y chocaban entre sí tan pronto vivas como deseos, tan pronto profundas como pesares.... Habíale sucedido muchas veces á Carlos, que respiraba sofocado en medio de su humilde y monótona existencia, lanzarse con la mente hacia otra vida llena de grandeza y de brillo, y no se creía ya entonces encerrado cautivo en una ahumada tienda, entre fardos y tras un mostrador, sino siendo alférez ó capitán de los tercios de Flandes, ó paseándose por los palacios del rey Felipe IV en Madrid, ó por el del cardenal-infante en Bruselas, hollando con paso firme, ó los campamentos ó los alfombrados salones de los grandes.... Entonces no creía tratar ya con tímidos mercaderes, con estúpidos chalanes, sino con soldados de relucientes alabardas, con caballeros de sonoras espuelas, con señores de flotantes penachos.... Entonces no servía, no obedecía, no manejaba una vara de medir, sino que alternaba con los soldados, mandaba, blandía una espada.... pero una palabra bastaba á hacerle á lo mejor bajar de lo alto del cielo de sus ilusiones, donde triunfante se mecía para caer de pronto hecho pedazos en la triste realidad. ¡Cuánto no había sufrido! Así es que las palabras que le dirigía Martin Muñoz, el aire misterioso con que las rodeaba, el sitio en que las pronunciaba en medio de aquel festín donde se hallaban mezclados los nobles y las gentes del pueblo, todo contribuía á exaltar la imaginación de Carlos, y á hacer estallar aquella ambición, aquel deseo de una nueva existencia que había sido el objeto de sus mas deliciosos sueños, pero que se disipaban dolorosamente al despertar, y que ahora un desconocido venía á prometerle realizar.

—No, no soñabais, jóven, continuaba diciéndole Martin Muñoz, lo que tomábais por quiméricas ilusiones á que se abandonaba vuestra imaginación ardiente, era un recuerdo de lo pasado, un presentimiento del porvenir.

—¿Qué me decís? exclamó enagenado Carlos, y casi abrazando al aventurero.

—Os digo.... os digo, contestó éste vacilando como si hubiese dicho mas de lo que hubiera querido, que bendigo á Dios que me ha hecho encontraros despues de una separación tan larga, digno de la noble sangre de que habeis nacido, digno del ilustre nombre que debeis llevar.

—¿Pues quién soy? preguntó fuera de sí Carlos. Hablad por Dios, señor, ó vais á volverme loco.... ¿Quién soy?

—No puedo decíroslo, contestó Martin Muñoz.

Abatido sobremanera quedó Carlos con esta inesperada respuesta, creyendo entonces que había sido un insensato en dejarse alucinar por un instante, escuchando y dando crédito á un desconocido que no sabía quién era, ni qué podía moverle á obrar con él de aquel modo. No pudo, sin embargo, menos de decirle con digna firmeza llena de amargura:

—Es una indignidad, señor mio, que trateis de burlaros de la buena fé de un jóven que ningún mal os ha hecho.

—¿Dudais de mí? le dijo Martin con profunda tristeza, y dejando asomar una lágrima en sus ojos que se deslizó por su tostada megilla.

—¿Y cómo no quereis que dude? le contestó con amargura

Cárlos. Acabais de decirme cosas increíbles, me ofrecéis lo imposible, y sin embargo, no me conocéis, no somos nada el uno para el otro.

—¡Nada el uno para el otro!.... exclamó con la espresion del mas profundo dolor Martin. Niño, ¡Dios os perdone esas palabras!

Temblaba el pobre Martin, una mortal palidez cubria su vauonil semblante, la desesperacion se veia pintada en sus ojos, y continuó cogiendo la mano de Cárlos y apretándose-la vigorosamente:

—¿Debía este pesar recompensar mis esfuerzos y mi perseverancia, cuando por vos lo he desafiado todo: dudar de mí, es la recompensa que me dais? De cuántos tormentos me ha colmado Dios, este es el mas cruel.... despues de doce años de padecimientos.... ¡jóven, me pedís pruebas.... ¡miradlas aquí escritas con sangre!

Y al mismo tiempo desabrochando su justillo de terciopelo dejó ver un pecho acibillado de cicatrices, y continuó diciéndo a Cárlos cuya admiracion no nos es fácil describir:

—Estas heridas, las he recibido, hijo mio, al defenderos; y estas lágrimas que corren por mis ojos, las vierto mitad de alegría por haberos vuelto á encontrar, y mitad de dolor por haber dudado de mí.

Cárlos lleno de angustia imploró su perdon, porque el acento de sus palabras no le dejaban la menor duda sobre la verdad de sus sentimientos; pero deseando penetrar el misterio que cubria su destino, insistió en preguntarle cómo su familia le habia alejado de ella, desterrado tal vez, arrojado de su seno.

Entonces Martin Muñoz le explicó que cuando el rey Cárlos I, de Inglaterra habia perecido en el cadalso, el terrible Cronwell acabó de destruir el partido realista, del que era el padre de Cárlos uno de los principales gefes y el mas temible capitán. Cuando nació Cárlos, heredero de su nombre, futuro gefe de su casa, temiendo su padre que Cronwell, que se habia hecho declarar Protector de Inglaterra, se apoderase de él y lo hiciese educar en el culto presbiteriano, lo mandó á Italia bajo su custodia. Entonces Martin Muñoz se fijó en Venecia con Cárlos, niño todavía de tiernísima edad. Allí creció. Tendria ocho años cuando las reclamaciones del Protector al Senado les obligaron á abandonar aquella ciudad. Su padre mandó entonces á Martin Muñoz, que fuese á vivir á Flandes bajo un nombre supuesto. Provisto con los papeles que comprobaban el nacimiento y los derechos de Cárlos, llegó á Amberes donde fué atacado por unos asesinos que le robaron al niño Cárlos, dejándole á él por muerto. Le contó tambien cómo habia pasado doce años buscándole por todas partes, y que habiendo jurado á su padre no abandonarle jamás, cuando le arrancaron de sus brazos hizo voto de no volver á presentarse ante su vista sino con él.

—¡Ante su vista!... ¡delante de mi padre! exclamó Cárlos con alegría.

—No: vuestro padre está en el cielo, contestó Martin.

Lanzó un triste suspiro Cárlos, y continuó Martin; os presentaré pronto á vuestra madre.

—¡Bendito seas! exclamó enternecido Cárlos, porque entonces sabré lo que es el corazon de una madre.

Refirió Martin al jóven las luchas que habia tenido que sostener, los padecimientos que habia sufrido y el cómo sin apoyo, sin direccion, casi sin esperanza, sin un amigo á quien confiarse, creyendo ver enemigos por todas partes, deseon-

fiando de todo el mundo, obligado á ocultar sus proyectos bajo la máscara de la indiferencia y de la alegría, habia gastado doce años en su busca, pasando en todas partes por un vil aventurero.

Las lágrimas corrian de los ojos de Cárlos, al escuchar las estraordinarias aventuras del misterioso protector de su infancia. Este no se cansaba de estrechar cariñosamente sus manos, y daba por bien empleados todos sus trabajos y padecimientos, con la esperanza de que muy en breve iba á devolver á su madre el hijo que á su amor y cuidado le habian arrebatado tantos años antes.

Impaciente Cárlos apremiaba afectuosamente á Martin para que pronunciase al menos el nombre de su madre.

Le parecian siglos los instantes que tardaba en saberlo, pero Martin Muñoz aleccionado con la experiencia, y conocedor de los obstáculos con que aun tendrian que luchar, contuvo la impaciente curiosidad del jóven diciéndole:

—Todavía no es tiempo, y mucho menos en este sitio.... sois jóven, impetuoso, imprudente, rodeado de gentes interesadas en vuestra perdicion.... por ejemplo, ese hombre que estaba aquí ahora mismo. Podría hablar, desgraciado jóven, y destruir tal vez con una palabra el fruto de mi larga perseverancia. Solo os pido de plazo hasta mañana, voy á recobrar esas pruebas.... y mañana, cuando estemos en seguridad, os diré.... os diré tales cosas que realizarán todos los sueños de grandeza que hayais podido formaros. Entretanto tomad este retrato, es el retrato de vuestra madre.... que moriria al instante de alegría si supiese que su imagen se halla en vuestras manos. Os lo doy como prenda de mi palabra, puesto que aun despues de tanto como por vos he padecido, aun me exigís una nueva prenda.

Y al mismo tiempo entregó á Cárlos un retrato que recibió con la mayor alegría prometiéndole cumplir la palabra que le exigió Martin al separarse de él para ocuparse en sus intereses, diciéndole:

—No salgais del baile sin mí: tal vez tendremos que hablar muy pronto de cosas muy serias. Entretanto divertios, abrid el pecho á la esperanza y á la alegría.... bello se os muestra el porvenir. Hasta luego.

—¡Esta noche si que soy verdaderamente feliz!

Marchóse Martin Muñoz y se quedó solo Cárlos besando el retrato, y guardándole despues cuidadosamente en su justillo, resuelto á no separarse de él en toda su vida.

Enagenábase de gozo la idea de ser un noble, un gran señor, y se complacia en creerse digno de la dama que desde ayer le miraba como su libertador, y á la que podria hablar de igual á igual, y ofrecerle con un corazon que desde que la vió solo palpita por su amor, un nombre digno de ella. En estas ilusiones se mecía dulcemente su imaginacion, cuando descubrió en el salon á la dama que ocupaba sus pensamientos, y á la que reconoció por su airoso talle y el elegante dominó negro con cintas azules, que habia por la mañana comprado en la tienda de maese Pedro.

En efecto, aquella linda máscara era la condesa de Ovelisel, que tambien se hallaba por su parte preocupada con la idea de quién podria ser aquel jóven, que bajo el humilde traje de mancebo de una tienda, ocultaba, segun le habia dicho el desconocido, un alto nacimiento, que no desmentian sus nobles y elegantes modales. Llegóse á ella Cárlos y respetuosa y cortesmente, le rogó dispensase la

temeridad de penetrar el misterio de su disfraz, diciéndole la había reconocido.

La condesa quitándose entonces su máscara, le dijo con deliciosa amabilidad:

—No hay temeridad ni dificultad tampoco, en conocer á quien no trata de ocultarse. Deseaba veros para daros gracias del generoso socorro que me habeis prestado: porque á vos debo solo, ¿no es verdad? el haber escapado al brutal ataque de unos jóvenes insolentes.

—No hablemos ya de eso, señora, contestó Cárlos. He sido muy feliz en haber podido daros esa débil muestra de mi afecto, y demasiado me la habeis pagado al permitirme tocar con mis labios el guante de vuestra mano ... en cuanto á este bolsillo.... á este oro.... os doy las gracias.... es demasiado. Y al mismo tiempo le presentó el bolsillo.

—Comprendo, caballero, contestó la condesa; y aprecio la delicadeza de vuestra negativa. Ya sabia yo bien que á un hombre como vos, no se le pagaba con dinero; el que habeis encontrado dentro del bolsillo, no lo he puesto yo sino un caballero español, uno de vuestros amigos, segun creo.....

Contento quedó Cárlos con esta manifestacion de la condesa, pero su alegría se desvaneció en breve, cuando esta añadió al mismo tiempo habia venido á despedirse de él.

—¿Con qué no os volveré á ver mas? dijo tristemente Cárlos.

—Me veo obligada á abandonar este pais, contestó la condesa: comienzo á no ser bastante desconocida en él, y por consiguiente á no tener seguridad.

—¿Qué peligro os amenaza?

—No puedo decíroslo.

—Perdonadme, no os pregunto, señora, vuestro secreto... pero si tuviéseis alguna confianza en mi valor, en mi lealtad, os rogaría me permitiérais.... No me atrevo, señora.... no sé como espresarme.... pero mi corazon es todo vuestro, y sería feliz en morir por vos.

—Por mí, por una estraña.

—Sabeis bien que no sois estraña para mí, dijo Cárlos con profunda tristeza. Dos meses hace que vivis aquí, oculta tal vez para un mundo que huis, pero visible para mí, que os busco siempre, y que he tenido tiempo de leer en vuestra alma, en vuestras acciones. Sí, hasta ahora tan humilde, no me he atrevido á dirigiros la palabra, á vos que pareceis una reina.... he podido al menos seguiros, observaros en silencio.... Muchas veces os he visto arrodillada con piadosa tristeza sobre las losas de nuestros templos, y orar largas horas.... He oido los suspiros que se escapaban de vuestro pecho.... he reconocido cuánto debia amar el corazon que con tanto fervor buscaba á Dios, y mas de una vez me he atrevido á pensar, á decirme á mí mismo: un amor puro y decidido podria tal vez enjugar las lágrimas de esos ojos que alzaban al cielo una mirada tan desesperada. Perdonadme, señora, pero yo os daría mi alma para consolaros, como os daría mi vida para defenderos.

—Creo en la sinceridad de vuestras palabras. A vuestra edad no se sabe todavía mentir. Mas ¿y si os hubiérais equivocado, y en lugar de ser simplemente desgraciada como en la realidad lo soy, fuese ademas culpable?

—No puede ser.

—Si mi mayor dolor, continuó diciendo la condesa, fuese un remordimiento, si las lágrimas que me habeis visto

verter fuesen á la vez el castigo y la espiacion de una gran falta?

—Entonces os diria, señora, contestó Cárlos, que el arrepentimiento os absuelve, que el amor es como el fuego que quemando, todo lo borra, todo lo purifica.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué no habeis permitido, exclamó la condesa, que yo hubiese encontrado antes un alma tan noble, tan pura?..... ¡vos me hubiérais amado por mí misma!

—¿Qué quereis decir, señora?

—Nada, nada, ahora aquí no podemos hablar con libertad y seguridad: dijo la condesa volviéndose á colocar la máscara en su rostro. ¡No sabeis qué clase de peligro me amenaza!.... mañana lo sabreis todo.

—Pero.....

—¿Quereis ya hacerme dudar de vuestra sumision?

—¡No, no! contestó Cárlos, soy demasiado feliz para no obedecer.... ¿Cuándo me permitiréis?....

—Mañana al medio dia.... ahora dejadme.... es preciso que no nos vean mas tiempo juntos. Hasta mañana.....

Le hizo señal de retirarse; Cárlos iba á hacerlo, empero se volvió otra vez y la miró con aire suplicante. La condesa le alargó la mano que el enamorado joven la cogió y besó con transporte, marchándose despues con la alegría y la esperanza en el corazon.

La condesa quedó pensativa, contemplando las sensaciones de su corazon, que tan inclinado se hallaba á aquel joven tan noble y tan generoso, y cuya presenciale aconsejaba evitar la razon, aunque un secreto presentimiento de su alma le decia, que podia amarle sin peligro.

En estas reflexiones se hallaba entretanto la condesa, cuando entró en el salon Gadula, y al ver el dominó negro con cintas azules igual en un todo al que se habia puesto Elena para ir al baile, creyendo que fuese ésta, se llegó á ella para decirle que estaba cansada, fatigada, haviada de funcion, y que le parecia que era hora de volverse á su casa. Al ver que la máscara del dominó negro nada le contestaba, insistió en su porfia hasta que la condesa, volviéndole la espalda la dijo con despego:

—Os equivocais.

Conoció entonces la buena tendera que se habia equivocado por la semejanza de los dominós, y creció entonces su apuro, no sabiendo que hacer para encontrar á Elena que se habia extraviado en medio de aquella barahunda y confusion en que todo se volvia apretones, codazos y pisotones con un calor infernal. Maldecia la buena muger del baile, y no cabia en su cabeza la idea de las gentes de ponerse un carton ó tafetan sobre la nariz y la boca para impedir la respiracion. Mejor hubiera querido sacar veinte cubos de agua del pozo, que estar allí un cuarto de hora mas. Con eso y con haber visto en aquel momento el rostro de maese Pedro que la creia muy buenamente en su casa y durmiendo á pierna suelta en su cama, crecieron los apuros de la pobre tendera, que por todo remedio se sentó en una banqueta, desde donde veia el baile y las gentes que circulaban por el salon mirando al lado opuesto por donde entraba maese Pedro.

Este que habia comido muy bien en los aparadores en donde tantos y tan deliciosos manjares escitaban el apetito de los convidados, y que tampoco habia escaseado las libaciones de vino de España, se hallaba muy alegre y muy sa-

tisfecho y habia sacado su buen escote de la parte con que como síndico de su gremio habia tenido que contribuir al baile popular.

Como vió á Gudula sentada, sola y sin pareja, se dirigió hácia ella, pero ésta se levantó y trató de huir. El vino daba grande osadía á maese Pedro, que cogiéndola la mano y procurando detenerla:

—¿A dónde huís, bella señora? la dijo; dejadme al menos admirar vuestro elegante trage. Es de mucho gusto.

—Es de casa de maese Wanen, dijo Gudula fingiendo la voz y aparentando no conocerle.

No cabia en sí de orgullo maese Pedro, que decididamente se creia el tendero de mas boga de Amberes, y echándola de hombre galante y recordando las calaveradas de su juventud, trató de obsequiar á aquella máscara, diciéndole mil piropos y requiebros, costándole no poco trabajo á Gudula el resistir la necia porfía de maese Pedro, que tan pronto la creia una francesa, como una inglesa ó una princesa rusa. Maese Pedro desplegaba una agilidad que no parecia sino que tenia veinte años, y al oír que la música tocaba una zarabanda, se empeñó en que la habia de bailar con su bella máscara, que creia sin duda una de sus parroquianas al verla con uno de los mas hermosos y ricos trages de su tienda. Gudula se resistia á bailar. Maese Pedro casi la llevaba arrastrando, y en uno de los movimientos ocasionados en esta porfiada contienda, se cayó la máscara del rostro de Gudula, la que no pudiendo resistir á tantas emociones se desmayó.

Petrificado quedó maese Pedro, pero teniendo que acudir á Gudula, pidió socorro y acudieron á prestárselo, como era natural, muchos á la vez.

—¿Quién pide socorro? dijo corriendo Cárlos.

—Yo... contestó maese Pedro, cuyo asombro seaumentó todavía mucho mas al ver en el baile tambien á Cárlos.

Este al ver á su tio echó á correr y se escabulló entre la muchedumbre. Quiso seguirle lleno de cólera maese Pedro, empero le salió al paso y le detuvo el desconocido que tanto le habia irritado aquella mañana, y á quien habia echado de su tienda. El desconocido, que era como conocerán nuestros lectores, Martin Muñoz, poniéndole la mano sobre el hombro le dijo:

—Maese Pedro, una palabrita...

—No tengo tiempo, contestó irritado el tendero.

En el entretanto Gudula habia vuelto en sí, se habia levantado, y huido por otro lado.

Martin Muñoz sin soltar á maese Pedro continuaba diciéndole:

—Es preciso que me escuchéis. Esta mañana me habeis dicho que el jóven á quien habeis dado el nombre de Cárlos Wanen era sobrino vuestro: voy á probaros lo contrario.

—No os comprendo.

—Vais á comprenderme. Una noche, el 13 de octubre hace doce años, un ciudadano armado con su linterna pasaba en Amberes por uno de los callejones inmediatos al puerto. Oyó á algunos pasos de él, gritar débilmente pidiendo socorro, y se dirigió hácia el punto de donde venia la voz. Vió á un hombre atravesado de heridas, bañado en su sangre y quiso socorrerlo; pero el herido no le dejó tiempo, y presentándole un paquete de papeles cerrado y sellado: acaban de atacarme, le dijo, para robarme un niño

confiado á mi guarda. En nombre de la religion y del honor, esforzaos en salvarlo. Corred al puerto, reuníos con él. Aquí teneis papeles importantísimos que le conciernen; lleváoslos, por miedo de que los raptos vuelvan á buscarme, y se apoderen de ellos, y los destruyan... Guardad bien este precioso depósito hasta que yo vaya á reclamároslo. Dadme vuestra palabra y decidme vuestro nombre. El ciudadano lo prometió, dijo su nombre, y despues se lanzó corriendo en busca del niño.

—¿Y aquel herido?...

—Soy yo... el ciudadano sois vos... y el niño es Cárlos.

—No sé lo que quereis decirme: no os conozco. Cárlos es mi sobrino, el hijo de mi hermano, dijo maese Pedro bruscamente, y haciendo un movimiento para marcharse.

Detúvole todavía Martin diciéndole:

—Solo hay un obstáculo para eso. Sacando al mismo tiempo un papel, continuó: esta carta de vuestro mismo hermano, del capitán Patricio Wanen, que declara que aquel niño habia sido echado por unos hombres enmascarados en su buque, hace doce años, el 13 de octubre, y que os lo ha entregado movido por vuestro ruego, y aun mas asustado por vuestras amenazas. Aquí está la carta; veremos si os atreveis á desmentir la letra.

—La letra es de mi hermano, dijo lleno de confusion maese Pedro.

—No solo la letra es de vuestro hermano, sino que tiene el sello del almirantazgo.

—Pues bien, lo confieso. Pero amo á Cárlos con todo mi corazón, con toda mi alma, lo he criado y estoy resuelto á no separarme de él. Si me le hubiérais pedido cuando era un niño, no hubiera resistido tanto el dárosle. Es mi hijo, sí. Yo solo le he salvado de la miseria. Mi hija le ama, le doy su mano, y no necesita de un padre, porque no está huérfano.

—Una alianza entre las dos familias, dijo Martin Muñoz, es imposible.

—Pues entonces guardo mi sobrino, dijo el tendero.

—No es Cárlos lo que yo os pido: es hombre, es libre... sino los papeles que os dí.

—No os los devolveré hasta la mañana siguiente del día en que Cárlos se haya casado con Elena, contestó resueltamente maese Pedro.

—¡Silencio! dijo Martin Muñoz viendo llegar á Cárlos con una muger vestida de un dominó negro con cintas azules. Juradme que me devolvereis esos papeles, ó delante de él, delante de todo el mundo...

—Silencio, dijo maese Pedro, viendo acercarse mas á Cárlos. Ni una palabra mas, ó sinó esos papeles.... los quemo.

Y en efecto, llegaba ya Cárlos siguiendo á una dama con un dominó con cintas azules, que trataba de huir de él, y á la que procuraba detener diciéndola con el mas enamorado acento:

—¡Por qué huís de mí ahora, señora! Hace un instante habiais escuchado sin cólera la declaracion de mi amor.

Martin Muñoz, al ver la dama del dominó negro, creyó tambien que era la condesa de Ovelisel, y no sabia qué tendria que decirle Cárlos.

Al mismo tiempo el conde, viendo aquella dama y con las señas que le habia dado Martin Muñoz, á quien habia hablado creyéndola su cómplice, pensó que habia logrado

al fin encontrar á su muger á quien buscaba por tanto tiempo y por tantos países, y por la que habia venido al baile.

Cárlos en tanto, insistia en hablar con la elegante dama del dominó negro, y la instaba á tomar su brazo, en el que se apoyó casi á punto de desfallecer, cuando presentándose delante de ella el conde, con voz terrible la dijo:

—Tened la bondad de seguirme, señora, y al mismo tiempo trató de cogerla por un brazo.

Cárlos le contuvo con firmeza diciendo:

—Esta señora me ha hecho el honor de aceptar mi brazo, y desgraciado del que intente arrancarla de él.

Maese Pedro y Martin Muñoz, se interpusieron al mismo tiempo entre Cárlos y el conde, para evitar un lance, pero Cárlos los separó, y dirigiéndose al conde le dijo:

—¡Atrás! dejadme libre el paso.

—No está mala la insolencia, contestó el conde, de disputarme el brazo de mi muger.

—¡De su muger! exclamaron todos asombrados, excepto Martin.

—Responded vos misma, señora, dijo el conde, dirigiéndose á la dama del dominó negro, y decidme si miento..... Guardais silencio..... Os engañais si creéis que al abrigo de esa máscara os podeis burlar de mi autoridad.

Y al mismo tiempo arrancó rápidamente la careta que cubria el rostro de la dama, y se dejó ver el pálido rostro de Elena, que cayó casi desmayada en los brazos de su padre, tan asombrado como todos ante aquella inesperada aparicion.

Cárlos se arrojó furioso sobre el conde, exigiéndole una satisfaccion de aquel grosero insulto.

—Podia escusarme, dijo con sangre fria, con cualquier otro de un error que me ha hecho cometer este hombre, y al mismo tiempo señalaba á Martin, pero vuestra impertinencia, jóven, me lo evita..... En cuanto á lo de daros una satisfaccion, no lo creo hacedero. Soy conde, y vos, querido, mancebo de una tienda.

—Mentís cual un villano, gritó Cárlos, soy noble.

—Y mas noble y de mejor casa que vos, señor conde, dijo Martin recalando con marcada intencion sus espresiones.

—¿Cuál es el nombre del señor ex-mancebo de tienda? preguntó con sarcástico desden el conde.

—Mañana os lo diré, dijo con firme dignidad Martin.

—Mañana á las seis, dijo Cárlos, en el foso de los baluartes.

—Jóven, ¿y cuál será vuestra arma? prosiguió con el mismo desden el conde, ¿la espada ó la vara de medir?

—Las dos, caballero, dijo Cárlos, á fin de que si retrocedis ante la primera, os mida las costillas con la segunda.

Retiráronse ambos adversarios, y tambien se retiró la familia de maese Wanen, que habiendo declarado cada uno de ellos que no pensaba en ir al baile, habian asistido y dado cada cual origen á varios incidentes. Elena sobre todos, era la mas digna de compasion, pues temblaba por el peligro á que iba á esponerse Cárlos, y sobre todo habia adquirido la terrible certidumbre que no ocupaba ningun lugar en su corazon, y para ella desde entonces todo estaba de mas en la tierra.

V.

Era muy cerca del amanecer, y en un cuarto de la posada del Aguila de Oro, de Amberes, cuarto elegante segun

el gusto de aquella época, entraba con agitacion la condesa de Ovelisel, y entregaba á una dueña su careta y su elegante dominó, preguntándola:

—¿Ha venido alguien mientras he estado en el baile?

—Nadie, señora condesa, respondió la dueña.

—¿Ha habido cartas de Londres?

—Ninguna.

—Preparadlo todo pronto para el viage; á las seis marcharemos.

La dueña, sin replicar como un autómatas, marchó á ejecutar las órdenes de su señora.

Esta aterrada, habia vuelto inmediatamente á su posada, al descubrir al conde en el baile. Ocupábase en los medios de escapar de sus manos, y temia que tal vez supiese ya las señas de donde se ocultaba en Amberes, por lo que se apresuraba á salir inmediatamente de aquella ciudad, y á refugiarse en otro punto donde evitase las persecuciones de su marido. Dolfale abandonar sin volverlo á ver, á aquel jóven á quien acababa de hablar en el baile, cuyas dulces palabras comenzaban á calmar sus padecimientos, cuyo noble afecto hubiera podido consolarle de todas sus pasadas desgracias. Sentia separarse de aquel generoso jóven, en quien esperaba encontrar un apoyo. Aquel jóven acudiría indudablemente á la cita que le habia dado, y al no encontrarla, creeria que le habia engañado, que se habia burlado de su amor, y en su desesperacion la maldeciria tal vez..... Esta idea le pareció insoportable, y prefiriendo decirle la verdad, por penosa que esta le fuese, se sentó junto á una mesa, cogió una pluma, y con agitada mano escribió estos renglones.

«Cárlos: mi marido me persigue, y es preciso que me apresuré á huir..... Creed que padezco cruelmente, porque yo tambien os amo, os amo mas de lo que podeis imagináros..... á vos tal vez he debido mi último momento de felicidad..... ¡Adios! pensad alguna vez en la que no os olvidará jamás.»

Cerró despues esta carta que juzgaba debia calmar la amargura de Cárlos por aquella imprevista y repentina separacion.

Despues se colocó delante de un espejo para quitarse las flores con que habia adornado su cabeza para el baile, y comenzó lenta y tristemente á desnudarse. De pronto oyó un gran ruido sobre el suelo. Un hombre acababa de saltar en su cuarto por la ventana. ¡Aquel hombre era Cárlos!

—¡No griteis, señora, dijo éste al ver el susto de la condesa, soy yo!

—¡Vos, á estas horas! dijo con sobresalto la condesa.

—Si, he querido veros..... he querido..... no sé lo que queria: sé que he venido..... Además, yo no podia entrar de noche en vuestra estancia sin comprometeros, y he debido escoger este camino.

—¡Ah! ¡caballero! exclamó la condesa.

—Perdonadme, señora, dijo tristemente Cárlos.

—Caballero, contestó con dulzura la condesa, esta entrevista que era para mí la última no debia verificarse hasta mañana. Estoy asombrada, afligida por veros entrar en mi cuarto, de noche, por la ventana como se entra en casa de una muger perdida... Y al mismo tiempo corrió de sus hermosos ojos negros un torrente de lágrimas.

En vano procuró consolarla Cárlos: la condesa continuaba en su llanto diciéndole cuan cruel era para ella el re-